

Isaac Asimov

# Los griegos

Una gran aventura

Historia universal Asimov



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

Título original: *The Greeks: A Great Adventure*  
Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1981  
Tercera edición con traducción revisada: 2011  
Novena reimposición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: «Atleta de Westmacott» (detalle).  
© Araldo de Lucas/CORBIS.  
Selección de imagen: Alicia Fuentes.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)  
ISBN: 978-84-206-5131-6 (T. 4)  
Depósito legal: M. 8.794-2011  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	1. La Edad Micénica
22	2. La Edad del Hierro
43	3. Expansión colonial
62	4. El ascenso de Esparta
74	5. La época de los tiranos
89	6. El surgimiento de Atenas
109	7. Asia Menor
122	8. La guerra con Persia
155	9. La Edad de Oro
178	10. La Guerra del Peloponeso
204	11. La hegemonía de Esparta
229	12. La decadencia
249	13. Macedonia
280	14. Los sucesores de Alejandro
304	15. El crepúsculo de la libertad
321	16. Las monarquías helenísticas
340	17. Roma y Constantinopla
361	18. El Imperio Otomano
381	Cronología
393	Índice onomástico



# 1. La Edad Micénica

En el borde suroriental de Europa, adentrándose en el mar Mediterráneo, hay una pequeña península a la que llamamos Grecia. Es montañosa y árida, con una línea costera dentada y pequeñas corrientes.

A lo largo de toda su historia, Grecia siempre ha estado rodeada de estados más grandes, más ricos y más poderosos. Si se consulta el mapa y la comparamos con sus vecinos, parece pequeña y sin importancia.

Sin embargo, no hay tierra más famosa que Grecia; ningún pueblo ha dejado en la historia una huella más profunda que los griegos.

Los griegos que vivieron hace veinticinco siglos escribieron fascinantes relatos sobre sus dioses y héroes, y aún más fascinantes relatos sobre sí mismos. Construyeron hermosos templos, esculpieron maravillosas estatuas y escribieron magníficas obras de teatro. Dieron algunos de los más grandes pensadores que ha tenido el mundo.



La Grecia micénica.

Nuestras modernas ideas sobre política, medicina, arte, drama, historia y ciencia se remontan a ellos. Todavía seguimos leyendo sus escritos, estudiamos sus matemáticas, meditamos sobre su filosofía y contemplamos asombrados las ruinas y fragmentos de sus bellos edificios y estatuas.

Toda la civilización occidental desciende directamente de la obra de los antiguos griegos, y la historia de sus triunfos y desastres nunca pierde su fascinación.

## Cnosos

En una época bastante anterior al año 2000 a. C., tribus de pueblos grecohablantes comenzaron a desplazarse hacia el sur desde el noroeste de la península Balcánica, ocupando la tierra que luego sería Grecia. Por entonces, las tribus griegas aún elaboraban herramientas de piedra, pues no se había desarrollado el uso del metal. Pero al sur de la península estaba la isla de Creta.

Creta, con una superficie de unos 8.300 kilómetros cuadrados, era mucho más importante, en aquellos remotos tiempos, de lo que cabría suponer por su tamaño. Alrededor del 3000 a. C., su pueblo usaba el cobre y había comenzado a construir buenos barcos.

Rodeadas por el mar, las ciudades cretenses debían desarrollar la navegación para comerciar con los pueblos de las costas continentales del sur y del este. Como era necesario proteger los barcos que llevaban a cabo este tipo de comercio, se construyó una flota de guerra, de modo que Creta se convirtió en la primera potencia naval de la historia.

Hacia el 2000 a. C., la isla se unió bajo una monarquía fuerte. Durante siglos, la armada la protegió contra posibles invasiones. Las ciudades de la isla prosperaron y no necesitaron murallas para su defensa. Sus gobernantes construyeron lujosos palacios, organizaron grandes fies-

tas con elaborados rituales –entre ellos combates taurinos– y crearon bellas obras de arte que aún podemos ver y admirar en los museos.

Los griegos de épocas posteriores guardaron un oscuro recuerdo de esa antigua tierra que dominaba los mares cuando ellos acababan de entrar en Grecia. En sus mitos hablaban de un poderoso rey Mínos que antaño había gobernado Creta.

Durante largo tiempo, los historiadores pensaron que esto no era más que una leyenda, pero a principios de 1893 un arqueólogo inglés, Arthur John Evans, llevó a cabo una serie de excavaciones en Creta que pusieron al descubierto los restos sepultados de la gran civilización que había existido miles de años antes.

En particular, encontró los restos de un magnífico palacio en el emplazamiento de la antigua ciudad de Cnosos, donde se suponía que había gobernado el rey Mínos. Por eso, el período de la grandeza de Creta fue llamado Edad Minoica, en honor al más grande de sus reyes. Esta era se extiende desde alrededor del 3000 a. C. hasta aproximadamente el 1400 a. C.

La civilización cretense se expandió por las islas del Egeo hacia el norte, y llegó a la tierra firme europea. Cuando las tribus griegas aprendieron las lecciones de civilización de los cretenses, se hicieron más poderosas, crearon ciudades propias cada vez mayores y comenzaron a comerciar con sus vecinos. Pero los griegos siempre tuvieron que estar preparados para hacer frente a las invasiones de tribus aún no civilizadas que procedían del norte, por lo que rodearon sus ciudades de grandes murallas.

La parte más meridional de Grecia es la más cercana a Creta, por lo cual fue la que sufrió la mayor influencia civilizadora. Esta zona está casi totalmente separada del resto de Grecia por un estrecho brazo del mar Mediterráneo, y unida al resto de Grecia por una angosta franja de tierra o istmo de unos 32 kilómetros de largo y, en algunos puntos, sólo unos 6 kilómetros de ancho.

Esta península meridional era llamada en la Antigüedad Peloponeso, que significa «la isla de Pelops» (pues es casi una isla), porque se creía que en tiempos primitivos había estado gobernada por un legendario rey llamado Pelops.

En el noreste de la península había tres ciudades importantes: Micenas\*, Tirinto y Argos. A unos 65 kilómetros al sur de estas tres ciudades se encuentra Esparta, y a unos 30 kilómetros al norte, Corinto. En la costa occidental del Peloponeso estaba la ciudad de Pilos. Corinto se halla exactamente en el extremo suroeste del istmo, que, por esta razón, recibe el nombre de istmo de Corinto. El brazo de mar que está al norte del Peloponeso es el golfo de Corinto.

\* Ésta no es la ortografía ni la pronunciación de los griegos. Éstos usaban un alfabeto diferente del nuestro, y su pronunciación, trasladada al alfabeto latino sería «Mukennai», donde la «u» debe pronunciarse como la «u» francesa (o la «ü» alemana). Los romanos usaron el alfabeto que hemos heredado nosotros, y Micenas, en su ortografía, era «Mycenae». En el latín hablado por los romanos, la «c» se pronunciaba como «k», y «ae» como una «i» larga, al igual que el griego «ai». En este libro usamos las formas castellanas de ortografía y pronunciación derivadas del latín, pero no iguales a ellas. Recuérdese, entonces, que estas formas no representan la ortografía ni la pronunciación griegas. [En esta nota, en el original, el autor, naturalmente, hace referencia a la lengua inglesa. Por razones obvias, hemos debido adaptarla a las características del castellano. (N. del T.)]

Al noreste del istmo estaban las ciudades de Atenas y Tebas, pero en aquellos lejanos días estas ciudades cercanas al Peloponeso eran relativamente pequeñas y sin importancia.

Al hacerse más fuertes, cundió el descontento entre los griegos continentales por la dominación cretense y se rebelaron contra ella. No conocemos los detalles de la revuelta, pero los griegos de épocas posteriores conservaban el recuerdo de un héroe ateniense, Teseo, que puso fin al tributo que Atenas pagaba a Creta.

Los griegos lograron derrotar a la armada cretense y acabaron con los muchos siglos de dominio cretense sobre la tierra firme. Recibieron la ayuda de algún desastre, probablemente un terremoto, que destruyó Cnosos hacia el 1700 a. C. Finalmente, alrededor del 1400 a. C., los griegos atacaron Creta, se apoderaron de Cnosos y destruyeron el palacio. Éste fue reconstruido más tarde, pero Creta nunca recuperó su poder.

La lengua cretense no ha sido descifrada, por lo que no podemos leer las inscripciones encontradas en ella. Hay varios tipos de escritura cretense. Los más antiguos, usados antes del 1700 a. C., eran pictográficos. Posteriormente, los cretenses usaron una escritura que consistía esencialmente en líneas onduladas irregulares (como nuestra escritura manuscrita). La primera variedad de esta escritura lineal fue llamada «Lineal A». La variedad posterior, usada por la época de la destrucción de Cnosos, es la «Lineal B».

En 1953, el arqueólogo inglés Michael Ventris logró descifrar la Lineal B y halló que era una forma de griego. Aunque no se usaba el alfabeto griego, las palabras sí eran griegas.

Los documentos escritos en Lineal B que han sido descifrados consisten en inventarios, recetas, instrucciones para el trabajo, etcétera. No hay grandes obras de arte, ciencia o historia. Pero hasta los más triviales memorandums comerciales arrojan luz sobre la vida cotidiana de hombres y mujeres, y los historiadores se alegran de tenerlos. Los detalles de la sociedad minoica están un poco más claros gracias a la obra de Ventris.

Además, muestra que la influencia de los griegos continentales se difundió cuando Cnosos era aún una potencia. Probablemente, los comerciantes griegos ya se habían establecido en tierra, de manera que los barcos griegos se hicieron cargo gradualmente del comercio y los cretenses perdieron el dominio de su propia isla. La destrucción de Cnosos sólo puso fin a algo que ya estaba en marcha.

## Micenas y Troya

La influencia de los griegos continentales siguió expandiéndose. La ciudad más poderosa de la época era Micenas, por lo que el período de la historia griega comprendido entre 1400 y 1100 a. C. es llamado Edad Micénica.

Las flotas micénicas se esparcieron por el mar Egeo para comerciar, y a menudo llevaban colonos o guerreros para extender su influencia de forma pacífica o violenta. Se apoderaron totalmente de Creta en el 1250 a. C. y se establecieron en la isla de Chipre, al noroeste del Mediterráneo y a unos 500 kilómetros al este de Creta. Llegaron incluso al mar Negro, al noroeste del Egeo.

Los griegos de edades posteriores consideraban la Edad Micénica como un período heroico, en el que grandes hombres (supuestamente hijos de dioses) llevaron a cabo impresionantes hazañas. La primera entrada en el mar Negro fue descrita en la historia de Jasón, quien navegó hacia el noroeste en el barco *Argos*, impulsado por cincuenta «argonautas» remeros. Después de superar grandes peligros, este barco llegó al extremo oriental del mar Negro para llevarse un «vellocino de oro», el cual bien podría ser la forma novelesca de denominar a lo que los argonautas buscaban realmente, y que no era otra cosa que la riqueza que brinda una expedición comercial de éxito.

Para entrar en el mar Negro, los barcos micénicos tenían que atravesar angostos estrechos. El primero era el Helesponto, que en tiempos modernos recibe el nombre de estrecho de los Dardanelos. En algunos lugares, apenas tiene 1,5 kilómetros de ancho.

El Helesponto da acceso a la Propóntide, pequeño estrecho cuyo nombre significa «antes del mar», porque al atravesarlo en una u otra dirección se entra en un gran mar. La Propóntide se contrae pronto para formar un segundo estrecho, el Bósforo, que en algunos sitios sólo tiene unos 800 metros de anchura. Sólo después de atravesar el Bósforo se penetra en el mar Negro propiamente dicho.

Todo pueblo que dominase los estrechos del Helesponto y el Bósforo estaba en condiciones de controlar el rico comercio del mar Negro. Podía cobrar peajes por el paso, y hasta elevados arbitrios.

En tiempos micénicos, la región estaba gobernada por la ciudad de Troya, situada en la costa asiática, en

el extremo sudoeste del Helesponto. Los troyanos se enriquecieron y se hicieron poderosos gracias al comercio del mar Negro, y los griegos micénicos se sintieron cada vez más descontentos por esa situación. Finalmente, decidieron apoderarse de los estrechos por la fuerza y, aproximadamente en el 1200 a. C. (1184 a. C. es la fecha tradicional que daban los griegos en épocas posteriores), un ejército griego puso sitio a Troya y, por último, la destruyó.

El ejército griego, según la tradición, estaba conducido por Agamenón, rey de Micenas y nieto de aquel Pelops de quien había recibido su nombre el Peloponeso.

El relato de algunos episodios de ese sitio lo hizo (o le dio su forma final) un poeta a quien la tradición llama Homero y que vivió y escribió hacia el 850 a. C. El largo poema épico la *Iliada* (de Ilión, otro nombre que tenía la ciudad de Troya) relata la historia de la querrela entre Agamenón, jefe del ejército, y Aquiles, el mejor de sus guerreros.

Otro poema, la *Odisea*, presuntamente también de Homero, cuenta las aventuras por las que pasó Odiseo (o Ulises), uno de los guerreros griegos, durante los diez años en los que deambuló después de terminar la guerra.

Tal es la grandeza de los poemas homéricos, que viven hasta hoy y han sido leídos y admirados por todas las generaciones posteriores a Homero. Son considerados no sólo las primeras producciones literarias griegas, sino también las más grandes.

El relato de Homero está lleno de sucesos sobrenaturales. Los dioses intervienen constantemente en el curso de las batallas y a veces hasta participan en el combate.

Hasta hace un siglo, los sabios modernos consideraban que los poemas homéricos eran sólo fábulas. Estaban seguros de que nunca había existido realmente la ciudad de Troya ni se había producido sitio alguno. Estaban convencidos de que todo ello era invención y mito de los griegos.

Pero un joven alemán llamado Heinrich Schliemann, nacido en 1822, leyó los poemas homéricos y se sintió fascinado por ellos. Estaba seguro de que eran historia verdadera (excepto en lo concerniente a los dioses, claro está). Su sueño era excavar donde, según la *Ilíada*, había estado Troya y hallar la ciudad descrita por Homero.

Se dedicó a los negocios y trabajó duramente a fin de obtener la fortuna que necesitaba para realizar la investigación, y estudió arqueología para tener los conocimientos necesarios. Todo ocurrió como lo había planeado. Se hizo rico, estudió arqueología, así como la lengua griega, y en 1870 se marchó a Turquía.

En la región noroeste de ese país había una pequeña aldea que era su objetivo, pues su estudio de la *Ilíada* lo había convencido de que los montículos cercanos cubrían las ruinas esparcidas de la antigua ciudad.

Comenzó a excavar y descubrió las ruinas, no de una ciudad, sino de una serie de ciudades, una encima de otra. Comparó la descripción de la *Ilíada* con una de esas ciudades, y hoy ya nadie duda de que Troya existió realmente.

En 1876, Schliemann inició excavaciones similares en Micenas y descubrió rastros de una poderosa ciudad con muy gruesas murallas. Gracias a su labor, ha visto la luz

buena parte del conocimiento moderno sobre la época de la guerra troyana.

## Argivos y aqueos

En sus poemas, Homero usa dos palabras para referirse a los griegos: argivos y aqueos. Evidentemente, se trata de nombres tribales. El gobierno de Agamenón se centraba en las ciudades de Micenas, Tirinto y Argos. En tiempos de Homero, Argos se había convertido en la más poderosa de las tres, de modo que era natural que considerase a Agamenón como un argivo.

Aunque Agamenón dirigió el ejército griego, no gobernaba a todos los griegos como rey absoluto, pues otras regiones tenían sus propios monarcas. Pero los otros reyes, en particular los del Peloponeso, concedían a Agamenón el primer lugar. La ciudad de Esparta estaba gobernada por Menelao, hermano de Agamenón. Más aún, fue el propio Agamenón quien suministró barcos a las ciudades del interior del Peloponeso, las cuales, al no poseer acceso al mar, no tenían barcos propios. El término «argivos», pues, quizás incluyera a todos los habitantes del Peloponeso.

Pero ¿qué ocurría con los aqueos? A unos 80 kilómetros al norte del golfo de Corinto, hay un sector de la costa egea que forma la parte más meridional de una gran llanura habitada antaño por gentes llamadas aqueos. Ja-són era un aqueo, según la leyenda, y lo mismo Aquiles.

Al parecer, los aqueos no estaban tan sometidos a Agamenón como los argivos del Peloponeso. Aquiles riñó

con Agamenón y, altanero, se retiró del combate cuando sintió que sus derechos no habían sido respetados. Actuó, por tanto, como si fuera un aliado independiente, no como un subordinado.

Los aqueos, que vivían bastante más al norte que los argivos, estuvieron menos expuestos a la influencia civilizadora de Creta y eran más salvajes. Aquiles es descrito como un hombre colérico, que no vacilaba en abandonar a sus aliados tras un ataque de furia. Más tarde, cuando el enemigo provoca su ira nuevamente, se lanza a la batalla de la manera más feroz.

Los miembros de una de las tribus aqueas se llamaban a sí mismos «helenos», y la región en que vivían era la «Hélade». Aunque sólo son mencionados casualmente en un verso de la *Iliada*, probablemente es un indicio de la temprana importancia de los aqueos el que esos nombres se difundieran hasta incluir a toda Grecia. A lo largo de toda la historia, desde la Época Micénica, los griegos han llamado a su tierra la Hélade y a sí mismos helenos (incluso hoy, el nombre oficial de la moderna Grecia es Hélade).

Nuestras palabras «Grecia» y «griego» fueron heredadas de los romanos. Ocurrió que un grupo de helenos emigró a Italia algún tiempo después del Período Micénico (la parte más meridional de Italia está separada de la Grecia noroccidental por una extensión de mar de sólo unos 50 kilómetros). Los miembros de la tribu que emigró a Italia se llamaban a sí mismos *graiikoi*, que en la lengua latina de los romanos se convirtió en *graeci*. Los romanos aplicaron este nombre a todos los helenos, perteneciesen o no a la tribu de los *graiikoi*. En castellano, esta palabra se ha convertido en «griegos».

## 1. La Edad Micénica

Los estudiosos de la historia griega usan también el término más antiguo, y así, por ejemplo, al período más primitivo de la historia griega, hasta poco después de la guerra de Troya, se lo denomina el Período Heládico. Lo que he llamado la Edad Micénica, pues, puede llamarse también Período Heládico Tardío.

## 2. La Edad del Hierro

### La lengua griega

Si bien los griegos, aun desde los tiempos más antiguos, reconocían la existencia de tribus separadas, también comprendían que había un parentesco entre todas las que hablaban una misma lengua. La lengua siempre es importante, pues los grupos de personas, por diferentes que sean en algunos aspectos, pueden comunicarse entre sí mientras hablen una lengua común. Ello les da una literatura común y una comprensión mutua de sus tradiciones. En suma, comparten una herencia similar y sienten un parentesco natural.

Por ello, con el tiempo, los griegos tendieron a dividir a todo el mundo en dos grupos: ellos, los grecoparlantes, y los extranjeros, los que no hablaban griego. Para los griegos, los extranjeros parecían proferir sílabas sin sentido, que eran como decir «bar-bar-bar-bar» por el signi-

ficado que tenían (al menos para los griegos). Así, los griegos llamaban a todos los que no eran griegos *barbaroi*, que significaba algo así como «gente que habla de manera extraña». Nuestra versión de esa palabra es «bárbaros».

Al principio, esa palabra no significaba «no civilizado»; sólo significaba «no griego». Los sirios y los egipcios, que poseían elevadas civilizaciones mucho más antiguas que la griega, eran también «bárbaros».

Pero en siglos posteriores, la civilización griega alcanzó grandes alturas, y los más profundos pensamientos de los filósofos y los literatos llegaron a plasmarse en lengua griega. Los griegos elaboraron un vocabulario muy complejo y un modo flexible de formar nuevas palabras (para expresar nuevas ideas) a partir de las viejas. En efecto, aún decimos «los griegos tienen una palabra para eso», lo cual significa sencillamente que, ante cualquier nueva idea que se nos ocurra, siempre podremos poder hallar una palabra o frase en lengua griega para expresarla. El vocabulario científico moderno ha tomado muchísimas voces del griego para expresar términos y nociones que ningún griego de la Antigüedad conoció jamás.

Comparadas con la lengua griega, otras lenguas parecen habitualmente defectuosas y torpes. Comparadas con la civilización griega, las de otros pueblos parecían atrasadas. Como consecuencia de esto, a medida que transcurrieron los siglos, un bárbaro (es decir, uno que no hablaba griego) llegó a ser considerado como alguien totalmente incivilizado. Y como la gente incivilizada tiende a ser cruel y salvaje, éste ha llegado a ser el significado de «bárbaro».

Los griegos, aunque reconocían su lengua común, también se percataban de que existían varios dialectos de esa lengua. No todos los griegos hablaban el griego exactamente del mismo modo.

En la Edad Micénica, los dos dialectos griegos más importantes eran el jónico y el eólico. Parece probable que en tiempos de Agamenón los argivos hablasen un griego jónico, mientras los aqueos hablaban una forma de griego eólico.

En tiempos micénicos, sin embargo, había un grupo de griegos que hablaban un tercer dialecto, el dórico. Mientras Agamenón, el jonio, y Aquiles, el eolio, se coaligaban para destruir la ciudad de Troya, los dorios vivían lejos, en el noroeste. Alejados de la influencia del sur avanzado, permanecieron atrasados e incivilizados.

### «Los pueblos del mar»

Ya en pleno florecimiento de la Edad Micénica, se gestaron graves conmociones; los pueblos que habitaban fuera del ámbito civilizado se agitaban y se desplazaban.

Esto ocurre periódicamente en la historia. En alguna parte del Asia Central, transcurre una larga serie de años de buenas lluvias durante los cuales las cosechas y los rebaños se multiplican y la población aumenta. Pero a esos años pueden seguir otros de sequía, durante los cuales la población puede enfrentarse con el hambre, por lo que no tienen más remedio que marcharse en busca de pastos para sus rebaños y de una vida mejor.

Las tribus que reciben el primer embate de los invasores deben a su vez huir, y esto pone en movimiento a un nuevo grupo de pueblos. Con el tiempo, las tribus migrantes provocan grandes trastornos en vastas regiones. Esto fue lo que ocurrió en la Era Micénica.

Los dorios, que eran los que vivían más al norte de todos los griegos, fueron también los primeros en sufrir la presión. Se desplazaron hacia el sur, contra las tribus de lengua eólica, las cuales, a su vez, debieron moverse hacia el sur.

Los miembros de una de las tribus eolias recibían el nombre de tesalios. Poco después de la guerra de Troya (hacia el 1150 a. C.) se desplazaron hacia el sur, a la llanura donde vivían los aqueos y de la cual forma parte la Ftiótide. Allí se establecieron de forma permanente, por lo que desde entonces esa región ha sido llamada Tesalia.

Otra tribu eolia, los beocios, se desplazaron aún más al sur hacia el 1120 a. C., alrededor de la llanura un poco menor que rodea a la ciudad de Tebas. Esa región fue llamada Beocia.

Bajo la presión de sus congéneres eolios, los aqueos se vieron obligados, a su vez, a marcharse hacia el sur. Invadieron el Peloponeso y expulsaron a la población jonia, acorralándola en la región que rodea a Atenas, una península que sobresale hacia el sur desde Grecia central. (Esto puede haber ocurrido antes de la guerra de Troya, y quizás el ejército de Agamenón se viera obligado a llevar la guerra a Asia por la presión de las conmociones que tenían lugar en la misma Grecia.) A lo largo de la costa septentrional del Peloponeso, bordeando el golfo de